

Día del animal, 29 de abril

Hasta tiempos relativamente cercanos el 29 de abril, al menos en los diversos paisajes argentinos, daba comienzo la temporada de caza, ahora, aparece cambiada esa fecha, por la celebración de un día en honor de los que, sin embargo **no dejarán de ser las mismas víctimas** habituales de los seres humanos.

Por tal motivo lo consideramos una honra altamente hipócrita, un poco menos que cualquiera de sus numerosas acompañantes en el almanaque, y, acaso tanto como la que cabría llamar “vacía jornada internacional de la paz”, sin número alguno a su lado, pues aludiría, tal vez, a un festejo posible de alguna civilización extragaláctica.

Nos preguntamos, ¿de qué animales?, ¿de los eviscerados en los frigoríficos?, ¿de los que las yuntas de tiro esclavizan?, ¿de los enganchados en su boca por los anzuelos o llevados a la superficie de las aguas apretados por una red que los asfixia?, ¿de los torturados en los laboratorios?, ¿de los acosados por las flechas antes y, ahora, por los fusiles que los abaten en la tierra y aire?

¿O de los atormentados por la morbosidad de quienes recurren a tradiciones igualmente enfermas para divertirse, como las riñas de gallos entre el gauchaje criollo, afortunadamente desaparecida, las peleas incentivadas de los perros o los vítores a los asesinos seriales de toros, dados, todavía, por los españoles? (una sabia disposición ha prohibido, en nuestro medio, las carreas de galgos, aunque, todavía persisten las de caballos)

Por ese motivo son dignas de encomio las leyes que los protegen (como la 14346), fruto de una razón que todavía se hace presente, aunque con rostro minusválido, entre nuestros congéneres, la misma razón que desaprueba el uso de la fuerza, manifiesta no solo físicamente sino también en la imposiciones espirituales, se avergüenza ante el espectáculo de la miseria o desespera ante las violaciones flagrantes de los Derechos Humanos cuando las dictaduras imponen sus decisiones en los pueblos sometidos.

La felicidad de nuestras mascotas, mínimo en porcentaje a la del resto de las bestezuelas, nos recuerda otra igualmente mínima, la que suele escasear entre los miembros de la especie humana, tan encarnizados en lacerarse entre ellos como en avasallar a la naturaleza.

Una especie más, aparecida en la tierra millones de años atrás, aunque, hace apenas una porción de miles dominara el lenguaje y recién lograra la escritura no hace más de cinco mil. Por lo tanto, de remitirnos a la catalogación biológica que nos ubica en la escala de los mamíferos placentarios deberíamos, ese día “concelebrarlo” y festejar, con el resto de los animales, la plenitud maravillosa de la vida, tan provista de belleza, gozo y dolor al mismo tiempo.

Carlos Enrique Berbeglia.
FEP AI